PRESENTACIÓN

Este número de la revista, que ahora presentamos, comenzó al interrogarnos desde el Comité de Redacción sobre cómo se constituye la identidad en las distintas configuraciones familiares, con las nuevas formas de relacionarse, sobre la importancia del cuerpo en la constitución de esta y sobre cuáles pueden ser los déficits a la hora de construir una identidad, las nuevas identidades y las no identidades.

Vimos que es relativamente reciente el hecho de que el individuo se interrogue sobre sí mismo. Hasta no hace mucho, el individuo se aceptaba sin cuestionarse excesivamente su identidad, pero, tras los cambios que van aconteciendo, sobre todo en el ámbito sociocultural, ya no solo los adolescentes y niños, o filósofos y artistas, se preocupan por su identidad, sino que todos nos preguntamos por ella en distintos momentos y áreas de nuestra vida.

En principio, sabemos que la identidad es lo que uno reconoce como propio y específico y lo que nos diferencia de otros, algo que se ha ido construyendo a partir de la relación con la imagen que los otros nos aportan en los primeros años de vida; también, que es un proceso en evolución, que se mantiene inacabado y sobre el cual el sujeto se cuestiona cada tanto, y que un elemento básico en su constitución está ligado a la combinación género/sexo.

Para poder indagar sobre la identidad, invitamos a compañeros de la profesión que estaban trabajando en temas afines para que nos ayudaran a pensar sobre este concepto. Así, vamos descubriendo que se trata de un proceso complejo, en el que participan factores genéticos, somáticos y sociales junto a los psicológicos.

Vemos que ese proceso se inicia incluso antes de la constitución del psiquismo: comienza con el deseo o no de los padres de hijo y con la imagen que se van a formar estos padres cuando conocen el embarazo. Luego van apareciendo las inevitables fantasías y hay una interacción de las fantasías inconscientes de los padres con las del

niño. Como apunta Rotenberg, el nacimiento de los hijos despierta zonas reprimidas, escindidas o del inconsciente mudo transmitido transgeneracionalmente; con lo que el niño tendrá que ir haciendo suya la historia de los padres.

En este proceso, el niño se nutre del otro, necesita del otro para la constitución de su psiquismo y su identidad. Por «otro» me refiero a las personas que cubren las necesidades del niño, tanto las alimenticias como las de contacto corporal y de un apego seguro. Se generarán los vínculos de interdependencia con las figuras parentales, donde, a través de lo pulsional, el niño busca al otro, quien aporta su capacidad de *reverie,* pudiendo incluir los deseos y fantasmas de otros, que vehicula lo transgeneracional.

El proceso de adquirir un sentimiento de identidad tiene que ver con los vínculos que se establecen entre los distintos aspectos de uno mismo y con la imagen que le devuelven los otros. Esto irá conformando su mundo interno, en el que hay una relación intrapsíquica con las representaciones que tiene de sí mismo y del cuerpo biológico.

Estoy de acuerdo con Rotenberg cuando habla de la identidad sexuada, que se configura en los dos primeros años de vida. Para ella, «la construcción identitaria sexuada tiene que ver más con el ser, con la búsqueda de sentirse verdadero, producto de identificaciones, vivencias infantiles, traumas propios y heredados, el deseo de los padres, las series complementarias»[1]. Vemos que incluye muchos más elementos que no ampliaremos en esta breve presentación.

La identidad plantea cuestiones importantes con respecto a la unidad y la diversidad, la similitud y la diferencia, la permanencia y el cambio, así como interrogantes con respecto a conceptos como la identificación, el Yo y el sí mismo.

Es importante diferenciar la identidad de las identificaciones; estas últimas son las que van constituyendo el psiquismo, un proceso vitalmente abierto. Su relación con la identidad no es armónica, de hecho, pueden trabajar en sentido opuesto y quedar la identidad obturada por las identificaciones. La identidad es una construcción, se

[1] Rotenberg, E. (2018), «El sujeto buscando su identidad sexuada. Complejidades en el siglo xxi», en *Revista de Psicoanálisis,* Madrid, 33 (84).

desarrolla a partir de la integración gradual de todas las identificaciones, y es debido al conflicto de las identificaciones que el individuo va creando su identidad y evolucionando en ella.

Hablamos de unidad y diversidad, comprendiendo que hay una multiplicidad de identificaciones primarias, que aportan lo nuclear del individuo, e identificaciones secundarias, con todo ello se dará la construcción de un yo corporal sexuado en función de la anatomía y las diferencias de sexos, así como la interiorización de valores sociales, constituyéndose un psiquismo que funciona como una unidad que se mantiene en el tiempo.

El sujeto necesita ser igual a sí mismo, mantener sus ideales y, a la vez, separarse, diferenciarse, para alcanzar su individualidad. Va a ir tomando conciencia de su propio cuerpo y diferenciándose de los otros, manteniendo cierta individualidad e invariabilidad en el tiempo, que permanecen dando estabilidad al individuo pero que, a lo largo de las distintas circunstancias, requerirán enfrentarse a cambios vitales para su evolución. Es necesario trascender la historia de los padres para crear, a partir de ella, una propia historia y, con ello, una propia identidad, metabolizando las identificaciones para sentirse verdadero y no responder al deseo del otro.

El sujeto va a conformar su identidad a través de los distintos vínculos que establece y el momento de la historia en el que está inmerso, en una determinada sociedad, con unos valores, unos ideales de grupo y una continuidad.

Hemos elegido como clásico el primer capítulo de *Identidad y cambio*, de Leon y Rebeca Grinberg, titulado «El concepto de identidad y los vínculos de integración espacial, temporal y social», por su claridad al aportar imágenes plásticas para mostrarnos cómo se desarrolla la identidad en el área que mejor conocen, el proceso analítico. Ellos prefieren hablar de sentimiento de identidad. Para su formación, consideran necesario un ritmo de estimulación y presencia de la madre, que alterne con ausencia, para diferenciarse.

Parten de cómo el encuadre facilita la regresión y provee al analista de un «continente», algo que contiene y limita las proyecciones de los «pedazos de identidad» para que puedan ser integrados, ela-

borando las pérdidas, como la renuncia a la omnipotencia, y adquiriendo nuevos logros.

Ejemplifican en el capítulo citado cómo, en el proceso analítico, se aprecia la evolución de los tres vínculos de integración espacial, temporal y social, que generan el sentimiento de identidad, funcionan de forma simultánea e interactúan, al comienzo del análisis, como al comienzo de la vida, de forma precaria y poco consistente, para ir evolucionando hacia una disminución de las identificaciones proyectivas y un aumento de las identificaciones introyectivas, otorgando una mayor cohesión y fuerza al yo.

También advierten de las crisis que surgen, tanto en el proceso analítico como en la vida, para justificar la utilidad del análisis en cualquier parte del proceso vital, como forma de garantizar la adquisición y mantenimiento de un sólido sentimiento de identidad.

Los monográficos que presentamos están en la línea que traen los Grinberg. Se plantea como un factor necesario la disposición del analista a ampliar su escucha, a dejarse «utilizar» por el paciente, con una línea bastante aperturista. A la hora de leer a Freud, nos instan a percatarnos de cómo, de forma periférica, se habla de identidad, a hacer sutiles lecturas tamizadas por otros autores, a poder tolerar «no hacer pie» en la identidad de cada uno de nosotros o a poder ampliar la perspectiva de los conceptos que utilizamos. También a abrirse a utilizar otras técnicas e, incluso, a estar dispuestos a trabajar con nuestro propio cuerpo.

Abrimos la sección de monográficos con Juan Francisco Artaloytia, autor que cuenta con trabajos sobre transexualidad, pulsionalidad visual y nuevas subjetividades. En su artículo «Identificaciones e identidad», comienza rescatando en la obra de Freud la cuestión del yo y la identidad; desde *El proyecto*, pasa por los casos de Leonardo y Schreber, para luego centrarse en las diferentes vías de identificación a la hora de constituir la identidad. Se apoya en *Introducción del narcisismo* y en las elaboraciones de autores como Lacan, Winnicott, Green y los Botella para conceptualizar la Identificación narcisista, donde es clave, para él, que se produzca lo que denomina el «circuito de la pulsionalidad visual», en el que uno pasa a poder

mirarse a sí mismo tal y como se ha sentido mirado por los «otros» más significativos de su entorno.

Desde *Duelo y melancolía*, nos habla de la Identificación melancólica, resaltando cómo Freud establece un sistema en el que el yo puede adquirir propiedades del objeto, y lo posiciona en relación con aspectos muy primitivos de la fase oral y con toda la actividad canibalística que analiza en las posteriores obras de Freud y que Artaloytia traspone a la clínica actual. Como complementaria a la Identificación melancólica, nos trae la Identificación primaria. Recurre a Szpilka y Laplanche para referirse no tanto a «con quién» se identifica el *infans*, sino a «por quién» y «cómo» es identificado este, incluso mucho antes de su concepción.

En la Identificación histérica resalta la triangularidad y exclusión edípica, donde la identificación se da con aquello del tercero que aparentemente despierta el deseo del objeto. Esto queda explicitado con numerosos ejemplos. Y finaliza con las Identificaciones grupales, para cuya definición se vale de lo que denomina «familias magmáticas», incidiendo sobre la tendencia más gregaria desdiferenciadora y la que vela por la independencia y la unicidad de cada uno, sin olvidar el valor estructurante que esta identificación tiene en la adolescencia.

Concluye con la idea de la constitución de la identidad como un proceso dinámico, nunca definitivo, en el que, en la construcción de los pilares identitarios, a veces es necesario desactivar identificaciones primarias muy alienantes y otras reconstruirlas tras haber perdido determinadas funciones o situaciones que eran importantes para la solidez identitaria.

En la actualidad, hablar de identidad nos lleva inevitablemente a hablar de personas *trans*, que es de lo que escriben los dos siguientes autores, con una obra prolífica sobre las identidades transexuales. Jose María Erroteta, en «Pensando acerca de las identidades transexuales», habla de su experiencia clínica, muestra sus inquietudes, dudas y sensaciones. Parte de la evidencia de que, en los transexuales, hay cuestiones decisivas que sobrepasan su anatomía en la consolidación de su identidad de género y que tienen que ver con

los intercambios que se producen con el principal cuidador, quien establece relaciones distintas si el infante es varón o mujer. Rescata el valor de la función espejo materno, con esa bidireccionalidad del proceso identificatorio, que incluye tanto el «identificarse con» como el «ser identificado por» para la construcción de la identidad en la infancia. Y se detiene en la incongruencia entre la identidad de género que se trata de adquirir y el sexo biológico.

Erroteta nos muestra una trayectoria conceptual, legal y de estigmatización del colectivo trans para llegar a un acercamiento que permita descartar posibles trastornos subyacentes y ayudarles a asimilar la dureza de la terapia de cambio de género. Comprometido con la investigación del mundo psíquico, explica algunas teorías en bioquímica y biología molecular para confluir en la *plasticidad cerebral*, que, para él, nos permite modificar emociones, afectos y funciones a través de la palabra.

Partiendo de la prematuridad y desamparo del ser humano, nos habla de la conformación de un ideal regresivo y otro progresivo, que se darán en función de si el bebé percibe su indefensión y no autosuficiencia de forma precoz o en tiempo adecuado. La hipótesis que desarrolla es que en el origen de la incongruencia de género subyacen dos factores que se complementan y potencian mutuamente, a saber, una vivencia excesivamente precoz del desamparo primitivo y un foco atractor al momento originario, que tiene que ver con un inconsciente parental. La conclusión a la que llega es que la naturaleza se ha equivocado y que es necesario enmendar el error corrigiendo el cuerpo.

Finalmente, expone su desacuerdo en considerar un progreso las soluciones que se están aportando en este momento de la historia y aboga por señalar la intensa resistencia de este colectivo a hablar de su mundo interno, a la introspección, y su falta de intención de construir una identidad. Aunque reconoce que trabajar con seres humanos que padecen de incongruencia de género le ha sido complicado, les agradece a algunos de ellos que le hayan permitido ampliar su capacidad empática, estimulado su deseo de investigar los orígenes de estas realidades tan penosas.

Daniel Bentancor, en «Transformaciones en torno al género. El sujeto en busca de sentido», nos abre a otras perspectivas. Desde el inicio, utiliza el término «transgenerismos» para desligarlo de la diferencia sexual y articularlo desde una demanda existencial. Alega que hay que tener en cuenta realidades que van más allá del deseo de transición para abrir paso a otras modalidades menos ligadas a lo corporal; la inclusión de personas que no tienen por qué sufrir disforia de género, ni tienen deseo de un abordaje médico-quirúrgico o de identificarse con un esquema binario. Presenta el género sentido como parcialmente desacoplado del equipamiento biológico y la identidad de género como un dominio específico de la identidad en general.

Hace un llamamiento a la disposición del analista a permitirse una mirada y una escucha abiertas a lo *trans*, con una metapsicología provista de dinamismo, con pensamiento crítico y pulsión epistemofílica para profundizar en la comprensión del mundo interno. Señala la dificultad de contemplar la posibilidad de un proceso psicoanalítico en paralelo o a posteriori a una transición de género y considera la idea de transitar como un emergente de un complejo y profundo entramado en el que se puede trabajar como en cualquier otro proceso psicoanalítico. Betancor escucha el planteamiento como una petición de acompañamiento para afianzar una posición subjetiva, la posibilidad de seguir existiendo superando enormes angustias. El sujeto siente el género como una plataforma para un anclaje intrasubjetivo, desde la que se puede relacionar con el mundo exterior.

Para pensar sobre la identidad y su constitución, recurre a la génesis del psiquismo y propone ampliar la mirada sobre las referencias a la relación madre-bebé. Se sirve del concepto de significantes enigmáticos de Laplanche para hablar de aquellos significantes que el adulto propone al niño, intrusivos y algunos relacionados con el género. Con Puertas y Winnicott, afirma la necesidad de una dinámica relacional en doble con el objeto y procesos transicionales, que posibilite la construcción de una representación de un sí mismo diferenciada, que dé acceso a un sentimiento identitario consolidado. A través de Winnicott y Green, nos habla de la importancia del reco-

nocimiento del bebé, por parte de sus figuras principales de cuidado, como un sujeto provisto de un mundo interno propio y diferenciado.

Para terminar, sitúa el género sentido en relación con los demás elementos que generan psiquismo, como el deseo, el conflicto, las defensas, la fantasía, el inconsciente o el traumatismo, para trabajar sobre ello a través de la regresión que permite la pareja analítica.

Los dos siguientes artículos indagan sobre la identidad a través de la práctica clínica de dos compañeros. Carlos Portillo Sisniega, en «Psicoterapia grupal con adictos: la capacidad de estar solo en presencia del grupo», muestra un modelo de intervención grupal para personas con consumo problemático de drogas. Desde el inicio, plantea las dificultades que surgen al implementar una terapia de grupo en un dispositivo público y ambulatorio, que se suman a las características de estos pacientes, de los que resalta su excesiva dependencia.

Con la ayuda de Roussillon, argumenta cómo, a través de la vinculación, se genera en el sujeto un mundo representacional que le permite sentirse, mirarse y pensarse para conquistar la capacidad de estar solo; y es el fracaso de esta conquista lo que produce un impacto identitario y da lugar a patologías narcisistas, de dependencia de objeto y problemáticas abandónicas.

Propone el grupo como elemento vinculante para poder generar representación psíquica, por la presencia del otro y estar presente para el otro. Su hipótesis es que, por medio de lo vincular grupal, podrá generarse un patrimonio representativo que permita afrontar el arrebato adictivo y la recaída.

Nos especifica su técnica grupal para sumergirnos en varias sesiones clínicas en las que trata el consumo de uno de sus miembros, destacando su dificultad de tolerar la soledad al estar asociada a debilidad, y propone al grupo como sostén de las emociones y fundador de una cercanía del «nosotros».

En sus consideraciones teóricas, por medio de Roussillon, plantea un modelo en el que el eje de la cura es, básicamente, el trabajo de la apropiación subjetiva: ayudar al individuo a ser el sujeto e intérprete de su experiencia, a apropiarse de lo que siente y piensa, a hacerse cargo de lo que está viviendo.

Claudia Mizrahi, en su trabajo «"Ser o no ser" es la cuestión de la adopción», ilustra a través de distintas viñetas clínicas el proceso que tiene que desarrollar el niño adoptado. Parte de preguntarse sobre sus rasgos para acceder a abrir lo que ella llama «la caja de Pandora», proceso en el que el analista tiene que estar preparado para soportar mucho sufrimiento y enojo por parte del paciente.

Plantea una doble identificación con el deseo de muerte de la madre biológica, de donde surgirán impulsos autodestructivos, y la posibilidad de identificarse con el deseo de la madre adoptante, que despierta a la vida. A partir de ahí, hay un proceso donde refleja el sentimiento de lealtad, culpa, duelo y la desmentida que fragiliza el psiquismo de la paciente hasta llegar al momento en el que tendrá que elegir entre el deseo de *no ser* de sus padres biológicos o el deseo de *ser* de sus padres adoptantes. Es ahí cuando elige adoptar a los padres adoptantes, tal vez porque antes ha adoptado a la analista, al igual que su mascota.

Para la autora, el proceso analítico es como ese cuerpo materno provisto de la sensorialidad que debería encontrar el niño tras la pérdida de la vida intrauterina, y que, en el caso del niño adoptado, al no producirse este reencuentro, está más expuesto a una angustia catastrófica, por lo que considera vital la construcción de estos primeros tiempos en el proceso.

Llegados a este punto, es inevitable, para cerrar los monográficos de este número, cuestionarnos nuestra identidad psicoanalítica. Lo hacemos de la mano de Carlos Tabbia, por sus trabajos sobre nuevas subjetividades. En su artículo «Ciertos antagonismos en la teoría y en la práctica psicoanalítica», Tabbia plantea una actitud integradora para nuestro trabajo clínico y nos invita a la autoobservación, teniendo en cuenta la particularidad de nuestro trabajo y la necesidad de conjugar la metapsicología con las emociones del analista, sin dejarnos ensordecer por las teorías, que pueden ser un mecanismo defensivo ante el miedo a contactar con el paciente. El surgir del temor lo vincula al objeto ausente, como dicen Freud y Klein, o al objeto presente, como dice Meltzer.

También nos invita a indagar sobre la necesidad de enfrentarnos a lo que él considera el dolor de pensar, donde, además de contener

los pensamientos, hay que desarrollarlos y tolerar la frustración sin recurrir a escisiones arcaicas. Las escisiones pueden devenir de las diferencias en algunos de los temas que se suelen presentar como opuestos, concretamente en tres polarizaciones: masculino/femenino, realidad psíquica/entorno y función materna/paterna.

Se apoya en Winnicott para cuestionar el enfrentamiento entre los sexos e incide en las funciones maternas y paternas, ejemplificando cómo estas evolucionan en la relación con el niño, así como en el proceso analítico. Recurre a Aguayo, Hinshelwood y Adam para desmotar el supuesto enfrentamiento sobre la consideración del entorno entre Klein y Winnicott, desarrollando las diferencias y las complementariedades; y señala cómo se articulan en la «posición depresiva» de Klein o en la «etapa de preocupación» de Winnicott las conceptualizaciones de las «malas» y «buenas» madres, en el primero, y las madres «entorno» y «objeto», en el segundo.

Finalmente, con la ayuda de Bion, muestra cómo la producción de una nueva idea o pensamiento depende de las relaciones entre la desintegración e integración y la interacción entre continente y contenido.

Comenzamos la sección de reseñas viajando a Colombia, concretamente a Cartagena de Indias, al *53 Congreso de la IPA*, gracias al entusiasmo que Carmen Ibáñez, psiquiatra, psicoanalista y codirectora de esta revista, contagia cuando explica con bastante detenimiento cómo se desenvolvió ese encuentro. Explica a qué aspectos se prestó especial atención, los planteamientos que se desarrollaron y que invitaron a pensar, y destaca la importancia de tener en cuenta la realidad externa en nuestro trabajo como psicoanalistas, más allá de que el título del congreso fuera *La mente en la línea de fuego*. Su descripción de lo entrañable del encuentro nos convoca al próximo Congreso en Lisboa.

La siguiente reseña viene de la mano de Encarna Amorós, psicóloga clínica, psicoanalista y miembro del Comité de Redacción de esta revista, que nos habla del primer *Taller de la Revista de Psicoterapia y Psicosomática*. Se detiene en la contextualización histórica y presentación, para dar paso a la discusión de tres de los trabajos

publicados dos años antes. En un ambiente distendido y cordial, se debatió sobre el encuadre, la escucha, la realidad externa y la importancia de compartir experiencias con los compañeros a través de estos encuentros y de la escritura.

Desde el Comité de Redacción y la Dirección, queremos agradecer la siempre entrañable colaboración de Pedro Pérez con la *Revista de Psicoterapia y Psicosomática* y nos unimos al cariñoso recuerdo que los compañeros le hacen en el obituario.

Cerramos este número con la esperanza de haber contribuido a «generar pensamiento», a abrir nuevos planteamientos y conceptos; así como a tomar en consideración distintos aspectos externos, internos y de la relación con los otros, animando a nuestros lectores a compartir sus experiencias.

Inmaculada Delgado Pérez
Codirectora